

Los nuevos empleos

Trabajar en casa, una opción

Eliana Gallardo

La pauta tradicional de empleo permanente, estable, remunerado y de plena dedicación cede cotidianamente terreno ante la movilidad constante de los puestos de trabajo, las personas se ven obligadas a alternar períodos de empleo y desempleo, en condiciones dependientes, por cuenta propia, en el sector estructurado o no de la economía, etc.

Estas nuevas características exigen también cierta flexibilización en la organización del empleos: movilidad horaria, movilidad salarial son algunas de las nuevas condiciones bajo las cuales se contrata a las personas. La flexibilidad del horario laboral, de la organización del trabajo y de los contratos pone en cuestionamiento al trabajo asalariado estable y la jornada completa, y penaliza primordialmente a la mujer, más numerosa en las filas del desempleo y también en el momento de doblegarse a las obligaciones de la "flexibilidad" porque el grueso de los empleos que desempeña es atípico y precario.

El trabajo a tiempo parcial, la subcontratación, el empleo temporal u ocasional, el trabajo a domicilio, el contrato a corto plazo, el estatuto de independiente... son formas de empleo "no estandarizadas" cada vez más presentes en los países industrializados y, según la OCDE, responden a una evolución facilitada e incluso fomentada por el poder público.

La flexibilización de las reglas aplicables a los contratos no estandarizados, los incentivos destinados a animar a los empleadores a crear tipos de empleo no estandarizados y los incentivos destinados a fomentar a los empleados a aceptar este tipo de contratos...han hecho que varios países hayan aplicado deliberadamente políticas de flexibilización del empleo que afectan prioritariamente a la mujer.

Sin embargo, confirmando la tendencia histórica, según la Organización Internacional del Trabajo, en las tres últimas décadas, la tasa de participación femenina aumentó significativamente en los noventa (a un ritmo similar al observado durante los ochenta), mientras que la masculina se estancó. Como resultado de esa evolución, en 1998 las mujeres representaban casi el 40 por ciento de la PEA urbana de América Latina y los hombres un poco más de 60 por ciento. Su tasa de participación laboral alcanza a 44.7 por ciento (39 por ciento en 1990), en tanto que la de los hombres es de 74.6 por ciento (similar a la de 1990).

En cuanto a la edad, en los noventa se acentuó la tendencia ya observada en los ochenta: los mayores aumentos de la participación femenina se produjeron en los grupos etarios de 25 a 34 años y de 35 a 44 años. Además, la participación de las mujeres casadas aumentó más que la de las solteras. Ello significa que una proporción cada vez mayor de las mujeres que entran al mercado de trabajo en las zonas urbanas de América Latina no se retiran del mismo cuando tienen hijos y se mantienen económicamente activas durante todo el período reproductivo.

El medio tiempo

Ahora, la crisis económica y el ajuste estructural han reducido las posibilidades de empleo a jornada completa en el sector estructurado.

En Africa, Asia, América Latina y también en los países industrializados el sector informal se ha convertido en el "empleador de último recurso". Por otra parte, en

muchas familias los ingresos del trabajo asalariado ya no bastan para una importante franja de la

población y se ha hecho indispensable encontrar a todo coste una contribución suplementaria a los ingresos familiares. Nutrida por la crisis y la desreglamentación de la economía mundial, la economía informal se halla en plena expansión tanto en el Norte como en el Sur.

Empleada del hogar en México, temporera agrícola en Bangladesh, costurera a domicilio en Italia o verdulera en Dakar...la realidad cotidiana que conocen estas mujeres es bien diferente, pero todas pertenecen al sector informal, un sector que, a imagen de la multitud de realidades que cubre, resulta muy difícil de definir. A lo sumo pueden citarse características recurrentes como la preponderancia de pequeñas unidades de producción o el recurso a técnicas tradicionales. Estas unidades de producción generalmente tienen una estructura muy rudimentaria a pequeña escala en la que el trabajo y el capital no se diferencian apenas como factores de producción. Pueden explotarse a lo largo de todo el año o de forma temporal o puntual.

Paralelamente a la existencia del sector informal vinculado tradicionalmente a la artesanía y a las actividades comerciales a muy pequeña escala, estos últimos años asistimos por efecto de la subcontratación a una informalización del sector industrial formal.

En los países en vías de desarrollo sobre todo, la producción industrial se informaliza sin dejar de estar vinculada a estructuras formales.

¿El retorno al trabajo a domicilio?

Base de la mayor parte de las actividades económicas preindustriales, el trabajo en casa ya había contribuido mucho a las primeras etapas de la industrialización. Su desarrollo en masa se remonta al siglo XIX en los países desarrollados, pero con la llegada del siglo XX, este trabajo fue declinando para no representar más que una forma marginal de producción. Un letargo que duró hasta

los años 70 y 80, en que el recurso cada vez más frecuente a la subcontratación volvió a difundir el trabajo en casa tanto en los países industrializados como en los países en vías de desarrollo donde existe desde siempre.

Hoy, los trabajadores y trabajadoras a domicilio forman parte totalmente integrante de la organización internacional del trabajo.

Son "invisibles" por definición y no existen estadísticas fiables que permitan evaluar con precisión su cifra total en el mundo; una incógnita mantenida por la mayor parte de las personas que organizan esta forma de empleo y por algunas de las propias trabajadoras que tienen tendencia a no considerarse completamente como tales porque no salen de casa. No obstante, algunas cifras permiten hacerse una idea de la amplitud del fenómeno: en la India, más de 7 millones de personas y en Filipinas nada menos que el 37 por ciento de la mano de obra trabaja en su casa.

La razón principal del desarrollo masivo del trabajo a domicilio reside en el éxito de la subcontratación, especialmente visible en

Asia y América Latina, sobre todo en las empresas orientadas hacia la exportación y con gran densidad de mano de obra. En México por ejemplo, la subcontratación de trabajadoras a domicilio está muy extendida en la industria del vestido, el calzado y el camarón. La progresión de este tipo de trabajo afecta tanto a los países en vías de desarrollo como a los países desarrollados y tanto a las zonas urbanas como a las zonas rurales.

Nota10